

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . º É P O C A

Año 1949 - N.º 36-37-38



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1949



Tomo XI
N.ºs 36-37-38

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

EJEMPLAR NÚM. 545



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA ESCUELA PROVINCIAL DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1949

JULIO-AGOSTO, SEPTIEMBRE-OCTUBRE, Y NOVIEMBRE-DICIEMBRE

Núms.
36-37-38

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños. — D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excm. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

Higinio Capote.— <i>Los poetas románticos sevillanos</i>	9
José Guerrero Lovillo.— <i>Los pintores románticos sevillanos</i>	35
P. Enrique de Vargas Zúñiga, S. I.— <i>Iconografía artística de San Ignacio de Loyola en Sevilla</i>	85
Juan Rodríguez Mateo.— <i>El villancico español</i>	113
Hipólito Sancho.— <i>Un dominico de pro (I)</i>	133

MISCELANEA

Antonio Domínguez.— <i>Un documento sobre la antigua Cofradía de los Estudiantes</i>	151
Miguel Sánchez Romero.— <i>Versión lírica de la elegía primera del primer libro de Tibulo</i> .—DIVITIAS ALIUS FULVO SIBI CONGENERAT AURO..	155
Adolfo Rodríguez del Rivero.— <i>Despojos Reales en Jerez</i>	163
***.— <i>Concurso de Monografías</i>	169
LIBROS	171
CRÓNICA.— <i>Noviembre y diciembre, 1944</i> , por el Cronista Oficial de la Provincia	183

ARTÍCULOS ORIGINALES

LOS POETAS ROMÁNTICOS SEVILLANOS

SI los conceptos «Clasicismo», «Romanticismo» son muchas veces insuficientes para aprisionar la realidad compleja de la vida y del arte, en ningún caso fallarán más que en esta ocasión, ni presentarán al crítico problemas más interesantes.

Sevilla, cuyo sólo nombre lleno de luz y de color evoca ya un romanticismo anterior a la existencia de esta palabra y de esta bandera literaria, es al mismo tiempo la cuna de una escuela poética de profundo sentido clásico que, nacida en el Siglo de Oro, resurge a finales del siglo XVIII y se mantiene en sus últimas derivaciones hasta los últimos años del XIX, conservando, o procurando conservar al menos, a través de la tormenta romántica, toda su académica compostura.

El juego desconcertante de estos conceptos «clasicismo», «romanticismo», que barajamos inútilmente cuando intentamos una interpretación del alma de Sevilla, hemos de repetirlo ahora al estudiar su poesía y sus poetas, y hemos de ver cómo Sevilla, al mismo tiempo que nos da las notas más hondas y auténticas del romanticismo español, es, también, como contrapartida, en la manera poética de su escuela, que perdura en la obra de varias generaciones, freno a todo cuanto hay en el romanticismo de caótico y desmesurado.

No es este el momento de resucitar un viejo pleito que empieza en la Europa del siglo XVIII con la «Querelle des Anciens et des Modernes», y, que, ni mucho menos concluso, da aún en nuestros días libros interesantísimos que todavía mantienen un cierto calor polémico.

Nuestros propósitos han de ser más modestos y hemos de aceptar la terminología convenida, haciendo siempre las precisas salvedades. Pero el estudio de este período de las letras sevillanas puede servirnos para aclarar muchas cosas y superar una visión tal vez demasiado elemental de lo que por romanticismo se entiende.

Ni en la vida ni en el arte sucedieron las cosas como después se quisieron aprisionar en los libros, reduciéndolas a esquemas que excluyen muchas veces aspectos quizás los más interesantes; ni el clasicismo y el romanticismo fueron entre sí tan opuestos y contradictorios como a nosotros a distancia se nos antoja; ni tan irreductibles que no pudieran ser superados con un sentido más amplio de su contenido por muchos de los protagonistas de la transformación que en el mundo y en las letras se operaban.

Hay muchos matices. Hay mucho clasicismo en nuestros románticos y mucho romanticismo en los que se obstinan en mantener una posición neoclásica a ultranza en un mundo barrido por un «romántico huracán».

Tal vez no exista dentro de nuestras letras un campo más rico en enseñanzas para el que quiera intentar una revisión total de ese enunciado, todavía confuso, que se llama el «Romanticismo Español», como este de romanticismo sevillano.

Siempre Sevilla se nos escapa cuando pretendemos acercarnos a ella con una etiqueta y un propósito de catalogación, y nos ofrece su realidad compleja y contradictoria que resiste a toda definición unilateral.



Si queremos remontarnos, los primeros textos sevillanos en que podemos señalar temas y actitudes románticas se dan ya entre los mismos clásicos del Siglo de Oro. Hay sonetos y elegías de Herrera llenos de tantos ayes y exclamaciones, de tanta desesperación, de tanto patetismo, que ya quisieran para su uso particular los más contumaces románticos.

Lo mismo podríamos decir del tema de las ruinas, tan del gusto de nuestros clásicos, que adquiere su expresión perfecta en la canción a las Ruinas de Itálica de Rodrigo Caro. En la contemplación de estas ruinas hemos de ver muchas veces absortos a los románticos. Y en cuanto al tema de la fugacidad de la belleza de las flores, comparada con el de la fugacidad de la vida y del amor, los recuerdos, las resonancias en los románticos serían infinitas. Sólo quisiéramos recordar aquí un ejemplo perfecto:

Fresca, lozana, pura y olorosa,
gala y adorno del pensil florido,
gallarda puesta sobre el ramo erguido
fragancia esparce la naciente rosa...

Es el soneto «A la Rosa», de Espronceda, nuestro romántico más desaforado que oíría muchas veces con Roca de Togores, con Ventura de la Vega, con Ochoa, en aquel aula desmantelada del Colegio de San

Mateo, a Lista, ya viejo y casi ciego, recitar con voz solemne y casi de culto la «Silva a la Rosa», de Rioja.

No es caprichosa la predilección de los románticos por los sevillanos del XVI y el XVII. Hay muy poderosas razones, cuyo estudio no es de este lugar, y muchas misteriosas afinidades poéticas, que hacen de la escuela de Sevilla el «substratum» clásico de los románticos españoles.

Pero acercándonos más en el tiempo, en ese último tercio del siglo XVIII, en esa época que hemos convenido en llamar prerromanticismo, en la que el panorama de nuestras letras es francamente desolador, hay ya un nombre ilustre, el de Jovellanos, que no queremos dejar de señalar, aún no siendo Jovellanos de Sevilla, por la influencia que ejerció sobre los sevillanos que vinieron después y porque en su obra hay aspectos interesantísimos para el que se proponga el estudio de la génesis del movimiento romántico en nuestra ciudad.

Jovellanos encuentra una Sevilla maravillosa y casi intacta, adormecida en un pasado, que era entonces casi un ayer. Todavía están repletos los antiguos palacios y conventos de espléndidos cuadros y de rarísimos y curiosos libros; todavía la ciudad conservaba su aspecto tradicional, y aunque ya habían comenzado las demoliciones y los «ensanches», todo se hacía aún con un severo y seguro gusto artístico.

Jovellanos pasa en esta Sevilla un tiempo que no olvidará y que deja en su personalidad una profunda huella, no suficientemente estudiada. He aquí su tributo a nuestra ciudad en unas cordiales palabras de el «Elogio de las Bellas Artes», llenas de retórica — era el imperativo de la época — pero también de sinceridad: «Pasando a hablar de Sevilla, permítame vucencia que no esconda los sentimientos de aprecio y gratitud con que mi corazón oye el nombre de un pueblo cuyos ilustres hijos han señalado la mejor parte de mi vida con singulares beneficios. Sí, gran Sevilla; sí, generosos sevillanos, yo voy a consagrar mi lengua en vuestro obsequio. ¡Feliz en este instante en que la verdad me permite pagar a vuestra inclinación el tributo de gratitud y de alabanza que os debo de justicia!».

Sí: Jovellanos pasó en Sevilla horas inolvidables y aquí renace a una nueva vida. ¿Qué le ha sucedido? Entre otras cosas, al salir de Sevilla en 1778, Jovellanos, el melancólico Jovellanos, a quien siempre imaginamos grave y solemne y con su mano en la mejilla tal como está en el retrato de Goya, deja en Sevilla, como cualquier mortal, una novia.

No es que él nos lo confiese: eso sería demasiado; pero de una epístola de «Jovino a sus amigos de Sevilla», que tiene como lema estos tristes versos de Ovidio: «Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis», es este delicioso fragmento:

Voyme de ti alejando por instantes,
¡Oh gran Sevilla!, el corazón cubierto
de triste luto, de continuo llanto
profundamente aradas mis mejillas;
voyme de ti alejando y de tu hermosa
orilla ¡oh sacro Betis!, que otras veces,
en días ¡ay! más claros y serenos
eras centro feliz de mis venturas;
centro, dó, mal mi grado todavía
me detienen las prendas deliciosas
de mi constante amor y mi ternura;
prendas que allá te deja el alma mía,
dulces y alegres cuando a Dios le plugo.
Y ahora, por mi mal, en triste ausencia,
origen de estas lágrimas que lloro.
¡Ay! ¿dónde iré a esconder, de ti distante
y de su dulce vista, mi congoja?
¿En qué clima del mundo hallar pudiera
algún solaz esta ánima mezquina?
Sumergido mi espíritu en profundo
golfo de congojosos pensamientos,
va mi cuerpo arrastrando al albedrío
de los crueles hados. ¡Ay, cuán raudamente
me alejan las veloces mulas
de tu ribera, oh Betis deleitoso!
Siguen la voz, con incesante trote,
del duro mayoral, tan insensible,
o muy más que ellas, a mi amargo llanto.
Siguen su voz; y en tanto el enojoso
sonar de las discordes campanillas,
del látigo el chasquido, del blasfemo
zagal el ronco amenazante grito,
y el confuso tropel con que las ruedas
sobre el carril pendiente y pedregoso,
raudas el eje rechinante vuelven.
mi oído a un tiempo y corazón destrozan.
De ciudad en ciudad, de venta en venta
van trasladando mis dolientes miembros,
cual si ya fuese un rígido cadáver...

Jovellanos ataca aquí el tema de la «Partida», de la «Despedida de la Amada», que habría de amplificar después Cienfuegos y que tantas derivaciones tendrá en la temática romántica, en un primer intento de poema descriptivo encajado muy castizamente en un fondo—y

esto es lo que nos interesa subrayar—típicamente costumbrista y romántico. Hay de todo: mayoral y chasquidos de látigo, estrepitosa diligencia, venta, zagal y campanilleo de mulas. Sólo nos falta el bandolero que no tardará en aparecer.

Hay otro texto, que si bien no está directamente ligado con Sevilla en lo externo, lo está y de un modo muy íntimo con la temática becqueriana.

En su «Epístola de Favio a Anfriso», escrita desde el Paular, es ahora un magnífico bosque otoñal que rodea al monasterio, el que cobija las meditaciones del poeta. Al inicial sentimiento de amor a la Naturaleza, tan profundo siempre en Jovellanos, se superponen otros temas: terror nocturno, ruinas, medrosos claustros, voces fantasmales, llanto e insomnio; temas todos de una corriente que, partiendo de la poesía de Young, ha de venir a parar al romanticismo y que, si Jovellanos los intenta por primera vez, han de tener su más perfecto desarrollo en la visión becqueriana de Veruela.

Incluso no creo improbable que el texto de Jovellanos pudiera ser una fuente directa de Bécquer, ya que sabemos el gran predicamento que Jovellanos gozó en el ambiente neoclásico en que Bécquer se forma.

Lentamente la situación varía: el ambiente literario mejora. Se fundan Academias, se escribe, se discute; y hay ya un grupo de escritores a fines de siglo que tiene el propósito laudable de elevar la poesía sevillana a su antiguo rango y esplendor. En todo este grupo, es bien patente un propósito clasicista y arcaizante al imitar a unos modelos a los que se rinde verdadero culto. Siguiendo a Herrera y a los otros maestros alcanzan esa dignidad y altura de tono que tanto les caracteriza. Aunque, en realidad, el tono herreriano está ya en ellos amplificado por el énfasis natural de la época que los lleva muchas veces a ese engolamiento y empaque que tanto se les censuró.

Lo interesante para nosotros es el choque que en unos espíritus animados de estos propósitos artísticos produce una realidad dramática palpitante, romántica ya, a la que de vez en cuando no tienen más remedio que ceder, juguetes de una fuerza irresistible, aún en contra de sus más íntimas convicciones.

Esto da a algunas de las obras de tan sabios y doctos varones, ese tono tan encantador, tan lejano, probablemente, al que ellos quisieron conseguir.

Cronológicamente el primero, un poco desconectado de este grupo, aunque con muchas afinidades, en el terreno literario, está el abate Marchena.

La trágica lucha entre sentimientos e ideas que se da en tantos españoles del siglo XVIII a partir de don Nicolás Fernández de Moratín, que escribe el «Desengaño al Teatro Español» y la «Fiesta de Toros en

Madrid», se nos ofrece en Marchena en forma verdaderamente angustiosa. Se presta a una romántica meditación a lo Víctor Hugo, esta figura del deforme, del contrahecho, del desgraciado y torturado Marchena—sabio inmundo y aborto lleno de talento le llamó Chateaubriand al recordarlo entre los que asistían a la tertulia de Madame Stael—que se dice y se contradice, neoclásico en literatura y romántico en su actitud vital y política de energúmeno revolucionario, que en una de sus «boutades» llega a vivir con un jabalí por no soportar la compañía de los hombres y exalta al mismo tiempo la filantropía, que enseña el «ateísmo por principios» y es un asiduo lector de fray Luis de Granada y autor de una oda a Cristo Crucificado, de la que tanto se enorgulleció hasta llegar a escribir ésto: «Si la posteridad señala entre estos escritores (se refiere a los maestros sevillanos del Siglo de Oro) un puesto al autor de la oda a Cristo Crucificado, también dirá que Sevilla fué su cuna».

Esta oda a Cristo Crucificado que, ¿quién lo diría? iba a ser después fuente de la más retumbante oración castelarina:

Canto al Verbo Divino,
no cuando inmenso en piélago de gloria
más allá de mil mundos resplandece,
y los celestes coros de continuo
Dios le aclaman...

... ..

No le canto tremendo,
en nubes envuelto, horrísono y tonante
severas leyes a Israel dictando,
del Faraón el pecho endureciendo,
sus fuertes en las olas sepultando,
que en los abismos de la mar se hundieron...

... ..

Señor, cantarte quiero
por los humanos en la cruz clavado,
el almo cielo uniendo al bajo mundo...

Después de esto; «Grande es el Dios del Sinaí», etc...

Pero el núcleo de la vida literaria de Sevilla en estos momentos, finales del siglo XVIII y principios del XIX, es la Academia de Letras Humanas de Sevilla. En las obras de estos académicos hemos de ir a encontrar a través de sus galas retóricas ese romántico temblor, ese estremecimiento que las hace traspasar para nosotros los linderos

de lo puramente arqueológico. Todavía nos conmueve hoy el esfuerzo de estos artistas que pretenden transcribir en fríos tonos neoclásicos una vida que para muchos de ellos fué tan azarosa, tan atormentada, tan llena del «mal del siglo».

He aquí una serie de textos y observaciones:

¡Oh si bajo estos árboles frondosos
se mostrase la célica hermosura
que ví algún día de inmortal dulzura
este bosque bañar!
Del cielo tu benéfico descenso
sin duda ha sido, lúcida belleza;
deja, pues Diosa, que mi grato incienso
arda sobre tu altar...

Esta «Ninfa del bosque» de Arjona, es ya una poesía romántica por su tema y por su sentimiento; incluso métricamente. Arjona, tan amigo del duque de Rivas, es el creador de la octava con cuarto y octavo agudos de que tanto habían de usar y abusar después los románticos.



Mueve el pie terso hacia el nevado río
Que por cauces de lirio resbalando.
Aquí el jazmín retrata; allá sombrío
Mecido el olmo por el aire blando,
Alza las crestas sobre el lecho frío
De argentados vivientes mudo bando
Por ver a su señora; y ella en paga
Los lleva a su regazo y los halaga.
Tal vez se llega quedo a la onda pura
Por saber lo que guarda el blanco seno
Y entre guijuelas de oro su figura
Mira temblar bajo el cristal sereno
Ya en la frente del toro con blandura
La palma asienta; ya en el bosque ameno,
Párase a oír la alondra; que gozosa
Vuela del árbol y en su mano posa.

La romántica ternura de estas octavas de la «Inocencia Perdida», de Reinoso, hemos de volver a hallarla después en las mejores obras pictóricas del romanticismo español. Y su lectura nos evoca un viejo grabado

de la «Ilustración Española y Americana», que reproduce una obra de Rosales, de Palmaroli o de Casto Plasencia.



El sentido de la angustia ante el más allá, tan típico en García Tassara, en Núñez de Arce y en tantos otros, hemos de verle aparecer en el soneto inglés «Night and Death»—uno de los más bellos sonetos de la poesía inglesa para Coleridge—, de don José María Blanco y Crespo, que nos ha dejado también una interesantísima y romántica «Tormenta del costumbrismo andaluz que había de culminar en las «Escenas An-Nocturna en Alta Mar» y unas «Letters from Spain», punto de partida daluzas», de Estébanez.

Pero la figura central del grupo, merecedora por sí sola de un estudio a fondo que tantas cosas nos aclararía sobre la historia de las letras de esta época en Sevilla y en España es Lista. Maestro de todos, con el sentido de la responsabilidad del que hace una entrega de poderes, unas veces es puente y otras muralla de contención. En él podemos hacer el mayor número de experiencias.

Sus obras están llenas de esas infiltraciones románticas a que antes nos hemos referido: Como ese relámpago rojizo que cruza de pronto el cielo sombrío y solemne de la «Oda a la Muerte de Jesús»:

¡Mas ora, abandonado!
¡Ay! pendes sobre el Gólgota y al cielo
alzas, gimiendo, el rostro lastimado.

Oda a la Muerte de Jesús tan matemática, tan sabiamente construida, en la que ya don Juan Valera nos hizo ver «cómo la capacidad de matemático de su autor, marcaba muchas veces la dirección de sus raptos líricos» y que nosotros nos imaginábamos producto de muchos días y quizás meses de trabajo concienzudo y de lima; pero que no fué hecha así, sino de esta manera: Un Miércoles Santo, don Justino Matute y Gaviria, director del «Correo Literario», le pidió a don Alberto una poesía sobre este tema. Pudo haber sido la poesía de circunstancias que tantas veces hemos leído en los periódicos de la mañana del Jueves Santo. Pero esta vez no sucedió de este modo. Don Alberto trabajó febrilmente, como después un romántico cualquiera de la Redacción del «Contemporáneo» o del «Museo Universal». Lo que los sevillanos y sevillanas leen a la mañana siguiente—todavía estará la tinta fresca—es la «Oda a la Muerte de Jesús».

Dejando a un lado las obras en tono mayor en las que el maestro está más en guardia y es más difícil encontrar un fallo o una concesión,

es en sus obras menores, donde podremos espigar centenares de textos románticos. En las seguidillas que él llama con recatado pudor «Epigramas»; en esta pequeña oda «A la Mudanza», en la que hallamos un interesantísimo precedente, de uno de los tonos de la poesía becqueriana:

Vuela, adorada ingrata,
a tu feliz amante,
mientras yo, abandonado
del Betis en la margen,
la muerte invoco,
fin de mis males.

... ..

Ya deja el sol luciente
del Indo los cristales,
y más bello en sus brazos
a mi rival le nace,
el que adorado
muere constante.

... ..

Al más crudo tormento,
cruel, me encadenaste,
a que la dicha ajena
mi desventura labre,
y a ti te alegren
mis tristes ayes.

... ..

Presto la muerte amiga
terminará mis males,
y yo indignada sombra,
turbando tus solaces,
hasta en el sueño
vendré a aterrarte.

x x
x

Lista regresa cansado y viejo a Sevilla en 1841; ya ha pasado por aquí don Serafín Estébanez Calderón, que ha dejado de escribir poesías

neoclásicas y se lleva en su cartera las «Escenas Andaluzas». Ha dado impulso a bastantes empresas. Ha revuelto y curioseado muchos viejos libros; con su ayuda han surgido el Museo de Pinturas, la Biblioteca, el Liceo. Aparece «El Cisne»; la «Lira Andaluza» después, en la que colaboran Estébanez y el duque de Rivas y se hallan los primeros ensayos de un grupo de jóvenes: Tenorio, Bermúdez de Castro, Vera, García Tasara, que tanto había de destacarse después.

El duque de Rivas, retirado en Sevilla, vive en su casa de la calle de Jesús y allí recibe a sus amigos, literatos y poetas. Zorrilla, muy joven entonces, nos ha dejado en sus «Recuerdos» una deliciosa estampa de las visitas que le hace en aquel salón bajo que daba a un jardín y en el que había en una revuelta y romántica confusión caballetes, cuadros, libros, plumas, papel, pinceles, un piano... En este ambiente, en una tibia noche de primavera, a la luz de unas temblorosas bujías, los poetas recitan sus versos.

Ya han sido escritos el «Don Alvaro», los «Romances Históricos» y «Las Leyendas». Una gran parte de la producción del duque está fechada aquí en estos años hasta 1847. El «Tenorio», de Zorrilla, se dice que fué planeado en esta temporada sevillana. Ciutti es un camarero del Café del Turco.

Aparece en la literatura una maravillosa Sevilla romántica de la más alta calidad artística.

Pero al mismo tiempo, por inseguridad que exagera el toque, por falta de acomodación en el ojo del artista—ha empezado el desfile de los extranjeros—por exceso de entusiasmo, por deseo de servir a un público que ávidamente lo pide, quizás nunca por mala fe, empieza a surgir una disparatada y—¿por qué no decirlo?—a veces graciosa Sevilla de pandereta.

La moda andaluza domina en los trajes y en las costumbres de España entera, que para muchos no es más que una enorme Andalucía. Todo lo inunda este torrente de cancioncillas populares, pequeñas obras teatrales y romances: «El Pescaero», «El Piñonero», «El Mocito del Barrio», «Los ojos de mi morena», «El jaleo de Triana», etc.

En 1844, los «Romances y Leyendas Andaluzas», de Manuel María de Santa Ana. Por cierto que todavía no se han relacionado estos romances de Santa Ana con los de García Lorca y Fernando Villalón:

Con el chicote en la boca
y el sombrero hacia la oreja.

Y el trabuco sobre el brazo,
y el jaco bajo las piernas.

Gusto, regusto y gustazo
de la gente macarena.

Iba Pedro de la Cambra,
desde El Ronquillo a Gerena.

... ..

¿De quién son esos machos
con tanta sea?

Son de Pero Lacambra.
Van a Gerena.

... ..

¿De quién son esos machos
con tanto rumbo?

Son de Pero Lacambra.
Van a Bormujos...

... ..

Ya comienza el tiroteo.
Y ningún mozo cosío

Que haiga en el mundo nació
vuelva la espalda al jaleo.

¡Só, sagala!...

Vaya a la ronda esa bala
y balas vengan sin fin.

¡Pím! ¡Pím!

Pero Lista, que con tantas cosas ha transigido en este mundo, con ésto no transigirá.

Tal vez transigiese con las «Letters from Spain» de don José María Blanco, porque era su entrañable amigo. Tal vez transigiese, menos, aunque don Serafín Estébanez hubiese ya publicado un libro de poesías con el inefable seudónimo de Alderio de Sefiranis, con las «Escenas An-

daluzas». Para todo lo demás tuvo la oposición más absoluta y la más rotunda censura.

Precisamente unos días antes de morir tiene con sus discípulos y amigos una interesante conversación que es casi un testamento literario. Nos lo cuenta Fernández Espino de este modo: «Su conversación, que recayó sobre la poesía española, fué florida y amena y algunas veces llena de chistes y agudezas. Brotaban de sus labios las citas y los versos a raudales, y su mente que parecía inspirada y más llena que nunca de recuerdos clásicos, fijaba con una claridad increíble las varias cuestiones literarias que por acaso se suscitaron. Analizó los diversos géneros dramáticos, y al llegar a nuestros antiguos entremeses recitó de memoria una multitud de diálogos castizos, fáciles y graciosos, que retrataban con acierto el carácter plebeyo castellano y la gracia e ingenio de su rica imaginación. Que se comparen con ello, me dijo, esas piezas andaluzas que andan ahora en boga: Su paralelo presentará aún más claro el mérito de las antiguas producciones y la pobreza y defecto de esas nuevas. En ella no se pintan las costumbres españolas, sino las de la gente perdida y las de los malhechores y gitanos. Las gracias lejos de ser naturales, consisten unas veces en la exageración de las ideas, otras en picantes desvergüenzas, y muy pocas hacen asomar la risa a los labios por el gracejo: Su lenguaje es bárbaro, los diálogos son pesados y su inmoralidad digna de una censura muy severa. Así, pues, no deben considerarse las piezas andaluzas como un nuevo género dramático, sino como una moda literaria que pasará rápidamente para morir en el olvido».

Estas palabras contienen su credo estético aplicable a todos los géneros literarios:

No transigir con el gesto desmesurado y excesivo. Esta será la consigna que Lista transmitirá a sus discípulos que forman la primera generación romántica. Porque en torno a Lista nace el romanticismo sevillano.

Don Serafín Estébanez pasó fugazmente y aunque le debamos la iniciativa en muchas cosas no tuvo tiempo de ejercer una influencia duradera.

El duque de Rivas, que primero colabora con Estébanez, comparte después prudentemente su magisterio con Lista, a quien reconoce señor y dueño del campo.

En el prólogo a las poesías, de los entonces jóvenes poetas don Juan José Bueno y don José Amador de los Ríos, se manifiesta que «las composiciones han sido purgadas con la ayuda de dos distinguidos literatos: el señor duque de Rivas y don Alberto Lista».

Y en este prólogo se dice también que «el entusiasmo fanático que en ellos (los autores) había despertado la lectura de Víctor Hugo y Alejandro Dumas, les había llevado al desprecio—sea dicho con perdón—de Herrera, Garcilaso, León y Rioja, y otros semejantes; y a pulsar

únicamente «una lira de hierro, cantar a las tumbas y tener por numen el genio de la muerte encontrando la inspiración sólo en los cementerios»... «Por fortuna el estudio de los clásicos españoles que teníamos en menos, la meditación de las bellezas que contienen sus obras y últimamente los buenos consejos de personas de sano gusto y conocido mérito, nos han hecho apreciar lo bello donde quiera que se encuentren».

Ese tono moderado y ecléctico, dócil al magisterio de los mayores; ese «arrebato lírico» siempre frenado por una preocupación constante de buena dicción, será ya el peculiar y característico de toda la escuela.

De ella saldrán para cumplir más altos destinos, primero García Tassara y después Gustavo Adolfo Bécquer.

Pero no desdeñemos por esto a los que se quedan. Ellos cumplen su misión también. Realizan una obra en muchos aspectos interesantísima, y dan un tono de elegancia y distinción aristocrática, a una época impulsada por tantas fuerzas a una irremisible chabacanería.

A la visión de esta España agria de mediados del siglo XIX—fandango, pronunciamientos, motines y corridas de toros—hay que contraponer esta otra: pintura de Esquivel, música de Hilarión Eslava; interiores suaves, tapicerías iluminadas por arañas y candelabros; estrados en que una señorita canta un aria de Bellini o un joven poeta declama, con voz tal vez demasiado campanuda, una oda a Murillo...

Romanticismo discreto entre aristocrático y burgués, moderado y conciliador.

Con todo esto hay que relacionar las tertulias sevillanas que se escalonan a través de todo el siglo XIX; con los sucesivos matices y modalidades que la época les va imponiendo. Desde el grupo que capitaneado por don Serafín Estébanez organiza aquel baile y aquella velada poético-musical en el Liceo Andaluz para festejar los días de la Reina Gobernadora, pasando por las tertulias de don Juan José Bueno y don José María Alava en su casa de la calle de los Mármoles, y las que después en años más tumultuosos tienen su sede en la imprenta de Geoffrin y en el Café Universal, hasta la del duque de T'Serclaes.

Hay a través de todo el siglo XIX una especie de clasicismo romántico que si bien no da los más altos valores en la poesía, está íntimamente relacionado con casi todo lo que de serio, de documentado, de responsable produce el romanticismo español.



Pero nos estamos alejando de la poesía y es hora de volver a ella. Hablábamos de una primera generación romántica que nace en torno a Lista.

Aparece todavía en conjunto en la Corona Fúnebre del maestro,

acaudillada por Fernández Espino y se mantiene aún casi intacta en las Coronas de Isabel II y de Murillo (1862 y 63). Los últimos supervivientes han de alcanzar casi el fin del siglo.

Relacionado con este grupo, en estrechísima amistad con muchos de sus miembros, pero desconectado de Sevilla por su profesión y sus viajes, tal vez también en parte por su temperamento poético, está García Tassara.

En cierto modo se le considera como un disidente. Ya en 1877, don Angel Lasso de la Vega en su meritísima «Memoria sobre la poesía sevillana en los siglos XVIII y XIX», no lo considera como un puro representante de la escuela. Existen para ello poderosas razones: Tassara no se forma bajo el magisterio de Lista, que vuelve cuando Tassara está ya en Madrid, donde será poderosamente influido por Donoso Cortés y por otros escritores románticos. Su temática, en cierto modo, difiere sustancialmente de la de sus amigos de Sevilla.

Hay en él una visión muy amplia del paisaje español, que ya fué anotada por Unamuno:

Cumbres de Guadarrama y de Fuenfría
Columnas de la tierra castellana...

¿Es andaluz? ¿No es andaluz? Algunas veces parece que no quiere serlo:

Es bella ¡oh Laura mía!
Es bella Andalucía.
Su luz, su sol, su firmamento de oro
sus nubes de colores.
Y de áuras y de flores
El rico inmenso perennal tesoro.

... ..

Pero un poco después exclama:

Dame Laura otro suelo,
Dame, Laura, otro cielo,
Otro sol, otro mundo, otros colores,
Y que mis ojos vean.
Campos donde no sean
primavera sin fin las estaciones...

Es el «huracán romántico» que lo impulsa lejos; a Madrid, a Europa, al mundo.

Es la Filosofía con sus angustias, la Historia y la Política con sus problemas que le atraen, que consumen lo mejor de su vida. En momentos de pausa, de alivio, el Amor, la Poesía que no le abandona nunca, si bien «estuvo bien lejos para él de ser una verdadera dedicación». Esto lo dice como el Don Juan hosco que siempre fué.

Una poesía bronca, angustiosa, detonante, sarcástica, excesiva siempre, pero que también tiene sus remansos y sus boscajes amables.

De entre todas sus obras quisiéramos recordar hoy una de ellas, tal vez de las últimas. Está fechada en Ginebra en 1871. Una epístola dirigida a doña Carolina Coronado de Perry. Es un poema a doble vertiente: por un lado toda violencia y casi oratoria; por el otro, toda gracia y ternura. Toda la gracia y la ternura de que es capaz este hombre duro, de mirada acerada, melena de león y bigote casi nietzscheano.

El tono apocalíptico con que increpa a las sombras de Calvino, de Descartes, de Voltaire, de Rousseau, de Byron, se deshace después en flores. El poeta, herido de muerte ya, escribe desde una villa enclavada en los alrededores de Ginebra. Los Alpes—Anibal, Napoleón—nevados y hurraños, enfrente.

Pero en el jardín hay flores, muchas flores: pensamientos, dalias, claveles, rosas. Hay hasta granados en flor:

Brillan en flor arábigos granados
Que, aunque en ellos no cantan ruiseñores,
Me recuerdan mi ausente Andalucía...



Con Tassara, convive y lucha en Madrid otro sevillano, Manuel Cañete, a quien la dureza de la vida hace saltar desde la tranquilidad y el sosiego de las tertulias sevillanas a la lucha de las redacciones de Madrid. Cañete, espíritu noble y generoso, voluntad tenaz, dirige periódicos, escribe en revistas y se destaca pronto hasta conseguir el supremo galardón decimonónico: el sillón de la Academia.

Con júbilo fraternal celebran sus amigos de Sevilla este triunfo de que se hace eco un poema de don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.

Después de la muerte de Cañete, ha venido para él la oscuridad y el olvido. Todavía no se le ha hecho la justicia que merece. Su labor crítica fué de extraordinario volumen y de gran sagacidad y eficacia. En esa zona media del siglo entre la crítica de Larra y la finisecular de don Juan Valera, Clarín y Menéndez Pelayo, Cañete rinde un merísimo servicio a la cultura española. Hay muchas páginas suyas injustamente olvidadas.

Y en cuanto a su poesía si no fué un gran poeta, es siempre dis-

creto, pulcro y elegante. Hay en su obra muchas piezas de circunstancias inspiradas en nobles sentimientos patrióticos en la amistad, etc. Otras, como la balada «El Arbol Seco», de gran interés porque ya anuncia el desenvolvimiento de formas poéticas posteriores. Aunque sigue los caminos tradicionales de la escuela de Sevilla, en donde nació a las letras, hay en él algo más. A veces casi nos parece que escuchamos algo muy conocido y que tenemos ya muy cerca. Como esto que escribe Cañete en 1859:

Cuando en ebúrneas teclas,
posas tu mano,
Y en delicados tonos dulcemente
frases modulas de supremo encanto...



Un poco más uniforme es en conjunto la labor de los que se quedan en Sevilla y siguen fielmente las consignas. Pero no deja de existir sus matices y diferencias.

Don José Fernández Espino, el mayor de todos ellos, discípulo predilecto de Lista, catedrático de Literatura de la Universidad, presidente de la Academia de Buenas Letras, director de la «Revista de Ciencias, Literatura y Arte»—una de las primeras revistas de España en esta época—, tiene su principal valor como maestro, como teórico y animador de la obra de todos sus jóvenes amigos. Su labor poética no tiene muy subidos quilates. Siempre entonado, siempre solemne y fiel a la norma escolástica, hay en él demasiadas preocupaciones y trabas teóricas. Todo esto, naturalmente, le impide el libre juego de la auténtica poesía. Mucho Herrera, mucho Lista, mucho Quintana. Pero de vez en cuando el mármol se conmueve también, como en esa «Noche de luna» casi romántica, o en las quintillas de la Corona Poética de Isabel II, que en su color, y en su brío nos recuerdan las quintillas de Moratín.

En idéntica postura se nos aparece don Francisco Rodríguez Zapata, capellán real, catedrático de Retórica y Poética, varón docto y de carácter un tanto adusto. De profundo y acendrado espíritu religioso que resplandece en su canto bíblico de «Débora y Baruc», y en sus odas y sonetos tan trabajados y llenos de figuras retóricas, en los que de vez en cuando no dejamos de percibir una «ráfaga» romántica.

¡No hay más que Tú! La tierra, el firmamento
El sol que en anchos mares reverbera.
Son como el hombre y la creación entera
ráfagas fugitivas de Tu aliento...



Bécquer



Tassara



Antonia Dias
de Lamarque



"... estrados en que una señorita canta un aria de Bellini..."

En 1870, con prólogo de Fernández Espino, publicó la Real Academia Sevillana de Buenas Letras los escritos en prosa y verso de don Luis Segundo Huidobro. Forman un tomo voluminoso, que al principio no deja de imponer cierto respeto a un lector de nuestro tiempo acostumbrado a cosas más ligeras. Pero, si nos adentramos en sus páginas, poco a poco, nos va ganando la curiosidad y la simpatía. Allí hay de todo: Crítica de Arte, Arqueología, Filosofía, Derecho. Un curiosísimo estudio precedente del interés de nuestros intelectuales por la filosofía de Vico—nueva rueda de Sísifo—que don Luis Segundo refuta, aunque no deja de ser a su manera un hombre de «ideas modernas».

En sus obras poéticas, tal vez nuestra curiosidad decaiga un poco.

Odas, sonetos, elegías, poesías de álbum, tal vez todo ello demasiado circunstancial y académico. De vez cuando el eco de Chateaubriand o de Lamartine, unos buenos sonetos morales a la manera de Arguijo y este «ronco estertor» con que quiere contestar «el plectro de hierro» de don Luis Segundo a «la guzla de son berberisco» de Zorrilla.

¿Por qué, bella niña, demandas sonidos,
al plectro de hierro del triste cantor.
Si vibra su lira dolientes gemidos,
si suena su acento cual ronco estertor?...



Impresión bien diferente a la que nos ha dejado la lectura de las obras de Huidobro produce en nosotros don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca. Buenos amigos a pesar de sus posibles diferencias ideológicas, un año antes de su muerte, Huidobro, pequeño burgués, catedrático, abogado y hombre de negocios pone un prólogo a las poesías de este militar aristócrata y poeta. Por encima de las diferencias pequeñas o grandes que pudiera haber entre sus opiniones—y de esto se hace mención en el prólogo—están la amistad y el culto común a la poesía.

Huidobro nos dice que su amigo es un militar, de profundas y enraizadas tradiciones religiosas y familiares. Brilla en él «la fe robusta y viva del que lleva en su pecho la cruz de una de las Ordenes militares, no como un timbre de aristocrática ascendencia, ni como una distinción que halague su amor propio, sino con el verdadero espíritu de veneración caballeresca que animó a los seguidores del Santo Abad de Fitero».

No es necesario más; la semblanza está hecha y así se nos mostrará siempre el autor en su obra.

Buen esposo, su poesía amatoria, en la que no es difícil encontrar recuerdos de Herrera, está concentrada en torno a la que después había de ser «su dulce compañera». A ella ofrece su obra en un ingenuo y no

del todo conseguido soneto final que hoy nos conmueve más que muchas odas retumbantes.

Buen padre, dicta a su hijo una serie de consignas en las que se nos antoja escuchar el eco de los proverbios del marqués de Santillana.

Buen patriota, siempre fiel al trono, exaltará nuestros valores tradicionales, combatirá siempre a los enemigos de España y en su profunda fe religiosa jamás percibiremos ese matiz de duda, de vacilación, tan romántico, que estremeció el espíritu de muchos hombres de su época.

Con más inspiración y aliento se nos muestra su amigo y compañero de armas don Juan Justiniano y Arribas. De elevado vuelo épico en su poema «Roger de Flor», y en el inacabado «Hernán Cortés» no abandonará en su obra este tono mayor que se sobrepone siempre al íntimo y sentimental. Hay en él en cierto modo un eco de las preocupaciones políticas de Tassara que ofrecen en Justiniano un particular interés en sus poesías a Portugal, a la que sueña hermana de España y libre de extrañas tutelas, y un generoso grito antiesclavista que nos interesa hoy recordar, a los que piensan que los hombres que representaron la tradición española no sintieron esa noble causa.

Como final de este grupo dos esposos en cuyo hogar, modelo de virtudes, se rinde también culto a la poesía y a las letras: Antonia Díaz y José Lamarque de Novoa.

Documento de época, de valor inapreciable es para nosotros este retrato de mujer que en un delicioso daguerrotipo nos ofrece este libro impreso en Sevilla en casa de Manuel Salvador. El retrato está enmarcado en una orla de cintas y flores rematada por una lira y una corona de laurel entrecruzadas.

La mirada de esta dama es limpia y serena. Estamos lejos de los tempestuosos ojos de «Tula», de la inocente picardía con que algunas veces parece que nos mira Fernán Caballero, y de la inconsciente e inevitable vanidad de «belleza oficial» de Carolina Cronado.

La limpieza y dolorida serenidad de estos ojos, ha quedado también en su obra. También muchas veces el noble arranque poético que podemos percibir en este «Canto a la primavera»:

Valles, selvas collados,
pomposas arboledas, bosque umbrío
anchas vegas, vergeles dilatados,
brillad engalanados,
publicando de Dios el poderío.

Palomas inocentes
alzaed vuestros arrullos lisonjeros.
risueñas murmurad, sonoras fuentes
mujid toros ardientes.
apacibles balad, mansos corderos...

Su profundo espíritu religioso alcanzará su mejor expresión en el tema de la «Mater Dolorosa», que cantará con diverso acento y siempre con acierto especial. Unas veces al modo clásico en una arriesgada transposición de la estrofa sáfica al tono religioso, empresa de la que consigue salir airosa y otras veces utilizando el cauce popular del romance que en sus manos adquiere una señorial elegancia.

Su esposo don José Lamarque de Novoa, es una personalidad más complicada; alcanza una larga vida y sufre las influencias post-románticas del fin de siglo español. Su carácter caballeresco y batallador le erige en defensor de las ideas tradicionales de Religión y Patria en esta época de intensa lucha; y una gran parte de su obra trasciende este tono polémico. Hay en ella una mayor diversidad de temas e influencias que en las de sus compañeros. Principalmente son notables sus contactos con la poesía catalana del grupo de Rubió y no es difícil percibir también el eco incipiente de una influencia de Campoamor y Núñez de Arce, tan notable en los sevillanos de finales del XIX.

En sus leyendas «La Peña de Martos», «Elvira de Ledesma» y «Desdichas de una Reina», intenta una renovación del género por camino diferente al que había de elegir Cano y Cueto, siguiendo las orientaciones a que antes nos hemos referido.

Nos hallamos después ante un grupo que si bien por el tiempo en que nace forma una generación, en realidad acusa bastantes diferencias temperamentales y estilísticas entre los autores que lo forman.

El primero de todos, cronológicamente, Angel Dacarrete, cuya influencia sobre Bécquer ha sido tan discutida, pero que demasiado ligado a la tradición deja una escasa obra que se queda en los umbrales del nuevo mundo poético.

Como superviviente de una manera definitivamente conclusa, a la que siempre permaneció fiel hasta su muerte en 1907, don Luis Herrera y Robles, sacerdote y catedrático, como Rodríguez Zapata, hábil versificador y gran retórico.

Su oda a la Virgen de la Antigua, ocupa un puesto de honor en el ciclo de odas neoclásicas a la Virgen, que abre, todavía a fines del XVIII, la oda a la Virgen de Lendinara, de Leandro Fernández de Moratín.

Escribió también poesías latinas y una excelente traducción de la Eneida.

Con Herrera, colabora ya Narciso Campillo—son los dos benjamines de la escuela—en las Coronas poéticas que se publican con motivo de la visita de la Reina Isabel II a Sevilla y de la inauguración de la estatua de Murillo.

Ya en este tiempo Bécquer ha dejado de pasear con Campillo por las orillas del Guadalquivir y se ha marchado a Madrid, adonde Campillo no tardará en seguirle.

Catedrático primero en Cádiz y luego en Madrid, volverá a encon-

trarse allí con Bécquer, de quien nos dejará una visión incompleta que ha deformado durante muchos años la imagen becqueriana.

Hay en la vida literaria de Campillo dos etapas: Una, en la que permanece fiel a los postulados sevillanos; la otra, se caracteriza por una mayor amplitud de horizontes y por cierto tono de rebeldía que le hace exclamar una vez, un poco irreflexivamente, parodiando a Heine, que era «un ruiñón sevillano anidado en la calavera de Voltaire».

Siempre hay en su obra una dosis bastante elevada de irresponsabilidad intempestiva y abundante que a veces llega hasta la facundia.

No todo Campillo es esto. Es autor de una Retórica excelente, insuperable para su tiempo, y de una serie estimable de narraciones en prosa.

Entre sus poesías, que obedecen a tantas influencias, que responden a tantas sugerencias, hay también bastantes aciertos.

Tal vez los mejores aciertos de Campillo, estén por el lado neoclásico. Su temperamento jocundo y sanguíneo, va mejor con este sentido de la vida que con el romanticismo lacrimoso y asténico, que en vano intenta parodiar.

Ya desde que fué conocida gozó de gran notoriedad su «Oda al Verano», que todavía hoy nos sigue pareciendo de lo mejor de su obra. Un «Verano» que partiendo de Rioja, a través de Meléndez, preludia el tono de los idilios de Núñez de Arce y el de los poemas en que la catarata verbal de Salvador Rueda cantará el verano andaluz.

Pero hay algo mucho mejor en Campillo y más fino. Es esta deliciosa bailarina que parece arrancada a «Las Gracias del Baile», de Arriaza:

Tú, inocente, ligera, encantadora,
el ágil pie confías al oído,
flotan las sueltas gasas del vestido
cual rojas nubecillas de la aurora.

Vuela fugaz, la inspiración te guía,
no eres la misma tú, que eres ahora
el genio de la danza y la armonía.

Un ángel, un espíritu que vive
de entusiasmo, de gracia y sentimiento.

Y arrebatado por ardor violento
vierte en torno la vida que recibe...



En este lugar sólo puede haber un inciso para Bécquer, que si fué sevillano y de esta época, es ya del mundo y de todos los tiempos.

Sería inútil intentar aprisionarlo en unos breves renglones.

Pero no estaría de más recordar que ese «helicóptero impetuoso» con esa formidable capacidad de despegue ascensional hacia un mundo elemental y absoluto en la brevedad de una «Rima, apenas preludia los primeros acordes», como tan magistralmente nos lo diseña Dámaso Alonso en un breve trazo, partió también de donde todos.

También escribió una «Elegía a la Muerte de Lista» y una «Oda a la señorita de Lenona en su partida», y fragmentos de un poema épico; y hasta una anacreóntica para el «Album de Señoritas y Correo de la Moda», y soñó con tener una tumba a orillas del Guadalquivir, como el divino Herrera.

El Guadalquivir que todavía es el sagrado Betis, y que en honor de la señorita Lenona alza

...de laurel ceñida
la frente arrebatada.
La nueva al escuchar de su partida.

Lo que nunca podremos explicarnos—el milagro de la poesía—es cómo Bécquer partiendo de una época y de una literatura tan pomposa y solemne y tan sobrecargada de ornamentos llega a obtener como resultado y como expresión de su personalidad una «Rima».

Esto que nosotros no nos explicamos, tampoco él sabía explicárselo: «Hace ya mucho tiempo—nos dice—sentí en mi interior un fenómeno inexplicable. Sentí no un vacío, porque sobre ser vulgar no es esta la frase propia, sentí en mi alma y en todo mi ser una plenitud de vida, como un desbordamiento de actividad moral que no encontrando objeto en qué emplearse se elevaba en forma de sueños y fantasías en las cuales buscaba en vano la expansión estando como estaba dentro de sí mismo».

Estamos en los límites de lo inefable y es preciso que, respetuosamente, nos detengamos.

Su espíritu nórdico y su sangre andaluza se conjugan en un maravilloso acorde único, expresión la más honda y auténtica del romanticismo español. Ante él todos los demás nos parecen vacuos y palabreros.

Desde su alto asiento, en la cúspide de la poesía española, Bécquer contemplará eternamente las idas y venidas de la gente, las modas de los siglos, las elucubraciones de los críticos, que vanamente intentan explicarnos lo inexplicable.

A cada época, a cada hombre, enviará un distinto mensaje y todos sentirán enriquecida y afinada a su contacto, su capacidad de amor y de dolor.

Evoquémosle aquí ahora ya que su obra tuvo sus raíces en nuestra tierra, cuyo más profundo sentir expresó a pesar de cuanto se ha dicho en contrario.

Esto nos llevaría a una divagación sobre lo andaluz que no está en nuestro propósito, pero no dejaremos de insistir en la necesidad, ya compartida afortunadamente por muchos de buscar entre todas las Sevillas posibles, una mejor Sevilla de una absoluta parquedad cromática. Quien no sepa percibir ese maravilloso flúido incoloro que se desprende de algunas telas de Velázquez y de Murillo, de algunos versos de Rioja o de Medrano, está muy lejos de la poesía de Bécquer.



Y con esto parece que debíamos terminar. En muchos libros se dice que Bécquer cierra el ciclo de nuestro romanticismo y se habla después de un post-romanticismo, de una poesía civil o filosófica y hasta se llega a decir que Núñez de Arce es un parnasiano.

Pero, ¿quién es que no es romántico en nuestro siglo XIX?

Las luchas políticas que desencadenan la Revolución y la Restauración, la tremenda tristeza que pesa sobre España, como un presagio, en los años inmediatamente anteriores a la pérdida de las colonias, crean un clima propicio para que el Romanticismo, superado ya en Europa por otras formas artísticas, deje oír aquí sus últimos ecos, aunque éstos sean ya muchas veces los de una tormenta lejana.

Este es el tiempo en Sevilla de la tertulia del Café Universal, en lo que es Casino Militar hoy, y del «Parnaso» de los Velillas en la calle de Manteros.

Muchos de los supervivientes alcanzaron la tertulia del duque de T'Serclaes, que cierra el siglo.

Es casi imposible en esta época establecer clasificaciones. Las líneas se entrecruzan y las obras acumulan nuevas influencias sobre el viejo fondo académico, que aún se mantiene en la obra de todos.

Bécquer halló casi inmediatamente un eco, aunque no se le comprendió y sintió todavía plenamente; lo primero que llegó fué lo externo, lo que en su obra como en toda obra humana, hay de «manera», que es lo más fácil siempre de percibir.

Campoamor, que no estimaba la escuela sevillana, a la que consideraba—son sus palabras—«el más firme baluarte del neoclasicismo que agoniza», empieza ya a tener en Sevilla adeptos y escribe en 1877 a uno de los jóvenes de entonces que ha escrito ya unos «Pequeños poemas», lo que sigue: «Celebro sobremanera que la juventud, abandonando el camino de los muertos y rutinarios ideales, entre más y más cada día en las nuevas corrientes; en este arte tan trascendental y espontáneo, reflejo fiel de la vida y de las grandes aspiraciones de este gran siglo, muy superior por ello en cantidad poética a todos los anteriores».

Cuando Núñez de Arce viene a Sevilla en 1883, toda la intelectualidad sevillana, desde los más venerables académicos a los jóvenes más audaces, le rinden en el Suizo un memorable homenaje que fué tan pródigo en brindis, improvisaciones y recitados como era de rigor.

En esta última etapa reseñaremos, ya que nuestra labor no puede ser ni mucho menos exhaustiva, los valores más destacados. Algunos se malogran, sin que pudiéramos llegar a saber cuáles serían sus posibilidades, tal vez grandes. Este es el caso de Rafael Alvarez Sarga, de sólida cultura filosófica, arabista, traductor de Klopstock y de Heine, muerto a los 24 años, cuando empezaba a darnos las primeras muestras de su talento.

Este es también el caso de Concepción Estevarena, romántica tuberculosa becqueriana, muerta a los 22 años, que nos ha dejado un apretado libro de poesías, en el que no es difícil encontrar textos como el siguiente:

¿Qué es la vida mudable? ¿Que varía?
Mi vida es siempre igual.
Horas que lentamente ya pasaron
y horas que lentamente pasarán.
¿De qué sirve el pasado si no existe
¿Y qué es el porvenir sin esperar?
Lo que posible miro, no lo quiero;
lo que no puede ser nunca será...

Ligada a ella por fraternal amistad, otra doliente figura femenina: Mercedes de Velilla, a la que no queremos separar ahora de su entrañable compañera.

«La musa del dolor—escribe don Luis Montoto—inspiró el mayor número de sus composiciones poéticas. Busquemos por tanto en sus versos los latidos de un corazón apenado, las ansias de un alma cautiva y las señales de muchas lágrimas».

Oigámosla cantar. Es una preciosa página de viejo álbum:

Páginas descoloridas
que guardan marchitas flores,
y unas lágrimas vertidas
por mi pluma recogidas
para escribir mis dolores...

La influencia becqueriana amplifica su onda en los «Nocturnos», de Benito Mas y Prat, más densos, con más detalles de paisaje, con más pasión real y humana, con un toque de pesimismo más sarcástico que a veces linda ya en Espronceda.

Aunque su más alto valor está en sus obras en prosa, siempre es un discreto poeta y un hábil versificador y los metros clásicos adquieren en su mano una especial sonoridad, muy especialmente en su leyenda «Fray Juan Pérez de Marchena».

Si queremos buscar otros aspectos para no caer en monotonía, he aquí ahora este taciturno y sombrío Carlos Peñaranda, con su barba a lo Carlos Rubio y con su mirada de acero. Tenemos entre las manos un libro amargo y triste. Su autor luchó toda su vida por el gran mito de los románticos: «La Libertad».

Al final de su vida, al final de su libro, como un postrero homenaje hay un triste soneto:

¡¡Libertad, libertad, te hallas tan sola!!

El libro tiene una dedicatoria autógrafa. Esta fechada en noviembre de 1898.

Ese mismo aire triste y finisecular tiene la poesía de José de Velilla que con Jiménez Placer triunfó con sus dramas históricos en la escena sevillana. Velilla, gran amigo de don Pedro Delgado, que declamó sus versos con especial predilección, que llega en cierto momento a ser una gloria nacional, que tiene una gran facilidad de versificador, a lo Zorrilla o Núñez de Arce, se nos va apagando, apagando en una irremisible y desconsoladora tristeza.

Al final del libro una serie de temas sintomáticos «La muerte del Espartero», «Al invierno», «A la muerte de Zorrilla», «Funeral por los héroes de Cuba».

Termina con un saludo al siglo XX. Para el siglo que se va tiene el más amargo de los reproches. Dirigiéndose al nuevo siglo exclama:

Justo es que en ti la humanidad espere;
mi siglo triste, a cuyo fin asisto,
nació gigante y como enano muere.

Este mismo pesimismo tienen algunas poesías de las «Evocaciones de Javier Lasso de la Vega». En una de ellas, fechada en 1899, el poeta, en medio del júbilo público de una fiesta, se refugia en la Catedral, en «una lóbrega capilla».

«Cuyos blasones cuenta las hazañas
de Granada, de Otumba y de Pavía»...

... ..

«Y lloré sin consuelo recordando
las muertas glorias de la patria mía».

Exclama finalmente, recordando a Quevedo.

Pero en Javier Lasso, académico, médico famoso, orador, novelista, y poeta, hay también una fuerte vitalidad que lo salva y una alegría y una ternura insospechadas, bien patentes, sin embargo, en ese primoroso «Idilio», última muestra, pero todavía fresca y graciosa—y esto sí que es difícil de conseguir—de un género plenamente siglo XVIII.

Nos vamos acercando al final. Aún hemos de señalar con especial atención la obra de don Manuel Cano y Cueto, cantor de las tradiciones sevillanas. En «Las alfareras», «El Vandaló», «La Copa de Sangre», «La Conquista de Sevilla», «Flor de Cienó», «El abismo» y tantas otras se evoca el pasado legendario y maravilloso de Sevilla en un tono amplio y rico en detalles arqueológicos, que nos hace pensar a veces en la manera del Flaubert, de «Salambo». Es un conjunto de leyendas que, si bien por su suntuosa ornamentación de detalles, tal vez no tengan la claridad de línea de las del duque de Rivas, no dejan de ser un rico tesoro de emociones para todo buen sevillano.



Cano y Cueto, murió trágicamente; como Benito Mas y Prat.

¡Qué lejos ya Velilla, y Peñaranda, y Alvarez Surga, muchachos alegres, poetillas llenos de ínfulas de la tertulia del Café Universal, caldeada por la Revolución!...

Felipe Pérez también ha desaparecido. Velarde se ha ido a Madrid, y Rodríguez Marín, y Cavestany, y Blanca de los Ríos, niña precoz en una poesía del álbum de don José Lamarque de Novoa.

Pero aquí queda todavía un anciano que resiste, y que entre las sombras que lo van cercando marcha con dificultad ya, pero serena y noblemente, como marchó toda su vida:

Cierra la noche sombría,
y ya es hora de contar,
cuanto fuera de mi hogar,
me ha dado el mundo este día.

Ingratitudes, desdenes,
amistades bien fingidas.

Promesas nunca cumplidas,
muchos males, pocos bienes.

De amargas penas un ciento,
llanto que al correr abraza.

Dichoso yo que a mi casa,
no traigo el remordimiento.

Es el patriarca de las letras sevillanas. El sevillanísimo don Luis Montoto, que tantas cosas vió y tantas cosas amables, jugosas, entretenidas nos ha dejado.

Con su muerte se cierra un ciclo de la vida y del arte de nuestra ciudad y su recuerdo nos produce una casi infinita nostalgia, ligado al de una deliciosa Sevilla de novela de Fernán Caballero o de Muñoz Pavón, que se fué definitivamente y para siempre:

«Por ti cantó Rioja,
dulces canciones,
que repiten amantes
los corazones.
Para todos sus lienzos,
diste a Murillo
ambientes de pureza,
color y brillo.
Y a Montañés, la pura
la no soñada,
imagen de la Virgen
Inmaculada».

HIGINIO CAPOTE

Trabajo presentado al tema 3.º—"Ensayo sobre los Poetas Románticos Sevillanos"—del Concurso de los Juegos Florales del Ateneo de Sevilla, 1949, otorgándosele el premio único.